

**HOMILIA DEL EMMO. SR. CARDENAL  
BALTAZAR ENRIQUE PORRAS CARDOZO, EN  
OCASIÓN DE LOS 50 AÑOS DE LA CREACIÓN  
DE LA DIÓCESIS DE MARGARITA**

**La Asunción, 18 de julio de 2019**

Hermanos

Las palabras del profeta Isaías proclamadas en la primera lectura sirvan de pórtico a estas efemérides: “Yo quiero felicitar a Yahvé por sus favores y cantar sus alabanzas por todo lo que ha hecho por Margarita”. Celebrar el cincuentenario de la creación de esta diócesis remonta sus orígenes mucho más atrás. Como una madreperla ha ido cultivando con primor las mejores virtudes que han puesto de relieve las muchas virtudes de este pueblo insular.

Permítanme, en primer lugar, agradecer a mi hermano Mons. Fernando Castro, el brindarme la oportunidad de estar de nuevo en Margarita y presidir estas celebraciones jubilares. A él, y a sus colaboradores, sacerdotes, religiosas y laicos, mis parabienes.

Un respetuoso saludo a las autoridades aquí presentes. Que su vocación sea la de servidores y constructores del bien común sin distingos.

Un saludo cordial a los muchos amigos neoespartanos, en particular a quienes desde los Cursillos de Cristiandad, compartimos en multitud de ocasiones jornadas de evangelización. Y a mis colegas, los cronistas de la isla, a quienes he admirado su amor por el terruño y el cultivo y cuidado de sus mejores tradiciones culturales y religiosas.

Y a todos ustedes, hermanos devotos de María Santísima bajo la hermosa advocación de la Virgen del Valle. Que ella guíe nuestros pasos con la actitud de servicio humilde y tierno.

La palabra de Dios que proclamamos evoca el agradecimiento y la misericordia que el Señor ha tenido con este pueblo, “al compadecerse de nosotros y darnos tantos beneficios”. Desde los albores de la presencia hispana en estas tierras, sus primeros moradores fueron dóciles a la mano del misionero y rebeldes a la del explotador. Por una extraña y única excepción en la historia colonial, el oriente venezolano perteneció en lo eclesiástico al obispado de San Juan de Puerto Rico, con el nombre de anejos continentales. Digo extraña, pues según la legislación peninsular desde el código de las siete partidas, una isla no podía generar autoridad sobre tierra firme. Sin embargo fue providencial el interés que tuvieron los prelados de San Juan en visitar, en medio de no pocas dificultades estas lejanas tierras.

El primer obispo que visitó los anejos continentales fue Fray Martín Vázquez de Arce, religioso dominico, natural de Cuzco Perú, quien entró en su diócesis por la isla de Margarita el 5 de septiembre de 1599 y de allí pasó a Puerto Rico. Sintió algo especial por la isla pues permaneció bastante tiempo en ella y volvió en 1604, se detuvo por varios meses y redactó extensas constituciones en las que ordenó el empadronamiento de los indios guaiqueríes y elaboró el primer catecismo en el idioma de ellos.

Don López Agurto de la Mata, obispo de Puerto Rico, natural de las islas Canarias, de Tenerife, visitó Margarita en 1633. Trasladado a Coro fue quien logró la traslación de la sede falconiana a Caracas.

El carmelita Fray Juan Alonso Solís y Mendoza bautizó y confirmó a más de 10.000 indígenas en 1640. En esta isla murió el obispo Fray Damián López de Haro, religioso trinitario quien dictó constituciones en La Asunción en 1647, muriendo aquí en agosto de 1648.

Fray Pedro de la Concepción Urtiaga, franciscano mexicano natural de Querétaro, visitó a la isla en 1713. Significativas fueron las palabras que dejó en su carta al rey: “Transitando mares y abandonando peligros, llegamos a esta provincia con especialísima protección de la divina misericordia, que nos libró de la prisión de corsarios varias veces y de ser funesto pábulo de los

peces, quizá para que consumáramos la visita...”. Uno de los más famosos obispos que visitó la isla fue Mariano Martí, siendo prelado de Puerto Rico en 1767 antes de ser trasladado a Caracas. Y, Fray Juan Manuel Jiménez Pérez fue el último obispo de San Juan de Puerto Rico que visitó la isla en 1774, pues después pasaron las islas de Margarita, Coche y Cubagua a ser parte del obispado de Guayana creado por Pío VI en 1790. Y una vez creado el obispado de Cumaná en 1923 las islas pasaron a su jurisdicción, gozando de la cercanía y el afecto del primer obispo Mons. Sixto Sosa Díaz, camino a los altares y de la Beata Madre María de Candelaria, quienes dejaron huella fecunda en esta tierra insular.

Las muchas crónicas que he leído de las visitas de los obispos de San Juan, son claras al afirmar la alegría que les embargaba en su visita a la isla, pues encontraban comunidades vivas, alegres, cultivadoras de la fe católica, que acogían con verdadero entusiasmo la llegada de estos atrevidos prelados que en Margarita, disfrutaban de un oasis de paz y fraternidad, de fe sincera y generosa. Eran y son, lo que el Apóstol Pablo escribe a los Colosenses: “Pónganse, pues, el vestido que conviene a los elegidos de Dios, sus santos muy queridos: la compasión tierna, la bondad, la humildad, la mansedumbre, la paciencia. Sopórtense y perdónense unos a otros si uno tiene motivo de queja contra otro. Como el Señor los perdonó, a su vez hagan ustedes lo mismo”.

Todo ello es claro indicio de una siembra fecunda que perdura hasta hoy. El siglo XIX y la primera mitad del XX Margarita perteneció al obispado de Guayana hasta la creación de Margarita, Coche y Cubagua como nueva circunscripción eclesiástica autónoma en 1969 por gracia del Papa San Pablo VI. Entonces comienza otra página de gloria porque indica adultez y madurez. También en el siglo pasado Margarita fue perla reluciente en vida cristiana lo que fructificó en vocaciones varias. La labor de los obispos es la de animadores de la comunidad. Como lo dibuja el papa Francisco su labor es estar unas veces delante, otras detrás y las más en medio de su gente para crecer juntos en el servicio al prójimo y el amor a Dios.

El evangelio de hoy nos invita a rogar por todos los que han creído en la palabra de Jesús, para que todos sean uno y sean consagrados en la verdad que nos hace libres. Por ello, un recuerdo agradecido al obispo fundador Mons. Francisco de Guruceaga Iturriza quien durante cuatro años echó las bases de esta iglesia local. Desde el cielo estará intercediendo en esta fecha jubilar para que el esplendor de esta perla caribeña recobre el brillo y lustre que tuvo. Una oración por los siguientes obispos que han estado al frente de esta iglesia, todos ellos vivos: Mons. Tulio Manuel Chirivella (1974-1982), Mons. César Ramón Ortega Herrera (1983-1998), Mons Rafael Conde Alfonzo

(1999-2008) y Mons. Jorge Aníbal Quintero Chacón (2008-2014). A todos ellos el reconocimiento de esta tierra generosa.

El salmo de hoy nos insinúa a cantar un canto de Sión, cómo no hacerlo si en esta tierra “el cantar tiene sentido y entendimiento y razón”, como bellamente lo canta el polo margariteño. La dulce y confortadora alegría de evangelizar es el testigo que los margariteños de hoy, obispo, sacerdotes, religiosos/as, laicos comprometidos y bautizados todos, junto a aquellos que profesando a lo mejor otros credos andan también en busca de la verdad y del bien. “La vida se acrecienta ´dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar la vida a los demás” como nos dice el Papa Francisco (EG 10).

En medio de una realidad lacerante que desdibuja lo que hemos sido y lo que queremos ser, tenemos la obligación y el compromiso de ser constructores de la esperanza, mediante el testimonio samaritano del servicio al más necesitado, y en el arraigar una cultura de verdad, transparencia y solidaridad. No hay justicia ni equidad si no sabemos tender la mano al prójimo. Margarita necesita seguir siendo una perla preciosa que merece todos los esfuerzos por hacerla presente.

Pongamos esta porción del pueblo de Dios; Margarita, Coche y Cubagua bajo la protección maternal de la Virgen del Valle, Virgen Milagrosa, Madre de los pescadores, Protectora de los Neoespartanos, como “canta el gallo en la palmera, alza su pico y garganta y con sus alas levanta el polvo de la pradera”. “Cantemos, cantemos con tesón y empeño porque dicen que en Juan Griego nació el niño Dios y que en la ensenada María lo bañó”. Sentirla tan cerca, tan nuestra es prenda de esperanza y blasón de creatividad y coraje. La alegría que ha caracterizado a esta tierra bendecida por la mano de Dios nos devuelva el rico fruto de la fraternidad y de la paz. Que esta celebración cincuentenaria sea un alto en el camino para otear el horizonte desde la altura del Copey para lanzarse a la dulce aventura de proclamar el evangelio de la alegría. Que así sea.